

Juan Comas, americanista

Alfredo JIMÉNEZ NÚÑEZ
(Universidad de Sevilla)

Destacar, aunque sea brevemente, la faceta «americanista» en la rica personalidad de Juan Comas, requiere decir algo sobre el propio «americanismo» como concepto que por su extensión semántica y por su frecuente uso corre el peligro de perder todo significado y utilidad¹.

América ha sido de entre todos los continentes el que más peculiaridades ha ofrecido desde el punto de vista de la investigación y de su propia inserción en el campo del conocimiento universal. Por su situación geográfica y otros factores naturales e históricos, se ha distinguido hasta el punto de merecer entre sus varios apelativos el de «Nuevo Mundo», como si de otro mundo se tratara, distinto y aparte del Viejo Mundo donde la presencia humana se cuenta por cientos de miles de años, frente a las modestas cifras del poblamiento americano. En una visión etnocentrista y geocéntrica del Universo, América parece que nace o entra en escena cuando Europa la «descubre». Es cierto que la iniciativa de la exploración fue europea, concretamente española, pero se ha convertido el *encuentro* entre un mundo y otro en un acontecimiento demasiado unilateral para el que utilizamos una palabra con mayúsculas (el Descubrimiento), ignorando muchas veces en la práctica y en el nivel de las simplificaciones populares, que en América vivía desde miles de años atrás una numerosa y compleja población que también «descubrió», desde su propia perspectiva y ex-

¹ Laboriosidad y modestia fueron dos de las muchas virtudes del profesor Juan Comas; estas cortas páginas quieren tender más al ensayo que al puro elogio, como homenaje a estas dos virtudes del maestro que siempre buscó la eficacia y la utilidad científica en sus actuaciones. Las escribo también con la seguridad de que Juan Comas las juzgaría con su probada benevolencia para el trabajo ajeno.

perencia, a los europeos, a su cultura y a los muchos productos y recursos exclusivos del Viejo Mundo.

En todo el conjunto de lo que se refiere a «América» hay un cúmulo de factores —insisto en ello, pese a ser tan evidente y conocido— que explicarían sobradamente esa peculiaridad de lo americano. Aislamiento geográfico, poblamiento tardío y pronto interrumpido hasta fechas bien recientes; ignorancia de su existencia por parte del Viejo Mundo (tanto desde la Europa occidental, como desde el mundo africano y las civilizaciones del Extremo Oriente); hallazgo casual y conmoción producida en una Europa que acababa de entrar en un período tan significativo como el Renacimiento, el cual encuentra en todo el fenómeno americano uno de sus factores y soportes más influyentes en el terreno de las ideas, de la geopolítica, la economía, etc.

El «descubrimiento» del Nuevo Mundo viene a dar sentido a antiguos mitos y pronto surgen otros mitos animados por la imaginación, las ilusiones y la codicia de los hombres. Los nuevos estados nacionales europeos buscan en América el poder político-económico que parecen prometer aquellas tierras, correspondiendo las mayores tajadas a dos reinos peninsulares que tienen que hacer frente a la rivalidad y a las propias ambiciones de otras naciones europeas. La Iglesia, a su vez, encuentra en América un campo inmenso para su labor evangélica; y todos, poderosos y débiles, nobles y plebeyos, se disponen a obtener beneficios de los recursos naturales y humanos que el Nuevo Mundo brinda a un Viejo Mundo que desde 1492 hasta ahora ha visto en las tierras trasatlánticas una nueva tierra de promisión, de esperanzas, de posibilidades negadas o muy difíciles de alcanzar en la propia tierra.

Esta aureola ha iluminado desde un principio la imagen de América vista desde Europa. Pero no es este aspecto el que más nos interesa en este momento, aunque sea conveniente tenerlo presente porque cuenta para el propósito de estas páginas. También América ha sido y es en el terreno académico, en el campo de las más diversas ciencias, un mundo singular y privilegiado. La capacidad de visión, de sorpresa, de descripción y análisis de los españoles del siglo XVI (y creo que aquí encontramos uno de los aspectos más brillantes de los hombres que representan la cultura española de aquella época), situaron a América desde un principio, también, en un plano prominente de la investigación. Teología y filosofía, derecho natural e internacional, antropología física y cultural, historia, geografía, zoología, botánica y, en resumen, todas las ciencias que componen el saber humano (en algunos casos antes de que surgieran como tales y recibieran nombre), se vieron estremecidas por América y encontraron en los fenómenos y realidades del Nuevo Mundo campo riquísimo y estimulante para la elucubración, la discusión, la observación, la comparación, la generalización, la síntesis; es decir, para toda la actividad intelectual de que es capaz la mente humana.

La especulación irresponsable, la imaginación desbordada, el diletantismo científico han sido parte casi consustancial de los estudios sobre América, y todavía hoy se repiten o se construyen las más peregrinas teorías tomando América como base o referencia. Pero es justo y obligado reconocer que también América ha sido una fecunda plataforma para que sobre sus realidades fisiconaturales y humanas o a favor de un clima científico especialmente generoso, se desarrollaran hipótesis, teorías, métodos, técnicas que han supuesto un notable avance del saber. Más aún —y llegamos al punto que me interesa subrayar en esta ocasión—, la misma «América» se ha convertido en objeto de estudio en tal forma, con tamaña magnitud y en condiciones tan singulares, que desde hace más de un siglo poseemos un término que no tiene correspondencia en ningún otro continente y que es, por supuesto, el de *americanismo*.

Ningún otro continente ha dado nombre a un complejo campo de saber que tenga como marco de referencia sus propios límites continentales. Casos semejantes, pero no equivalentes, encontramos en el Viejo Mundo como ocurre con la «egiptología» o la «sinología» y aún en estos casos, el alcance de los estudios es mucho más limitado, pues prácticamente se refieren al pasado arqueológico e histórico de Egipto o China, quedando fuera no sólo el pasado reciente, y desde luego el presente, sino aspectos o ciencias que en el americanismo han tenido cabida desde el siglo pasado. Ante este hecho cabe preguntarse e incluso preocuparse por la verdadera esencia y por el futuro del americanismo. Porque si se trata tanto del pasado más remoto como del presente más absoluto; si americanismo es interés científico por las culturas indígenas de América y por todas las razas y culturas que a partir de fines del siglo xv llegan a América y producen una extensa gama de mezclas biológicas y culturales y una serie de fenómenos socioculturales y de realidades geopolíticas; si americanista se siente el científico natural que estudia la geología, la flora o la fauna de América; o el lingüista enfrentado con el incomparable mosaico de las lenguas autóctonas del Nuevo Mundo, por no hablar de cualquiera de los especialistas en alguna de las ciencias sociales... ¿Cuál es —resulta necesario repetirse— la esencia del americanismo? ¿Cuáles son sus límites?

Hay que admitir que el único criterio universal que une a tantas ciencias, a tantos métodos y a tantos estudiosos es precisamente el geográfico; es la misma América entendida como el doble continente al que diera nombre un italiano y los españoles llamaron por mucho tiempo las Indias Occidentales; un Nuevo Mundo para cuyo gobierno creó España un solo y grandioso organismo sin paralelo en la historia como fue el Real y Supremo Consejo de Indias, en un período todavía muy lejos de la Revolución Industrial y de los efectivos medios de comunicación de nuestros días. Hay que esperar a la aparición de la

Organización de las Naciones Unidas o la Organización de Estados Americanos (OEA) para encontrar entidades de ámbito universal o continental que abarquen en su «política» a la práctica totalidad del Hemisferio Occidental. La Ciencia lo había logrado ya el siglo pasado de manera institucional con la creación de los Congresos Internacionales de Americanistas, cuyas actas son el mejor registro y la prueba más contundente de esa abigarrada realidad que es el americanismo.

Si atendemos a los individuos, a los americanistas, es fácil observar algunos elementos comunes y repetidos a lo largo del tiempo que unen a los más ilustres y significativos miembros de esa pléyade de estudiosos. Por ejemplo, su origen no americano, lo que significa que la mayoría también pasó por la experiencia personal de «descubrir» América y de ser conquistados por ella. Sin remontarnos más allá del siglo XIX —lo que nos obligaría a incluir tan brillantes nombres como los de Sahagún o Fernández de Oviedo—, son muchos los europeos que por una u otra razón llegan al Nuevo Mundo y lo convierten ya para siempre en su *campo* de trabajo. Asimismo, muchos americanistas se habían formado originalmente en ciencias distintas o se habían ocupado de problemas diferentes a los que después centrarían su atención científica. Los grandes americanistas —tanto por la propia complejidad de lo que encierra América como por las tendencias dominantes de su época— ejercieron su actividad simultáneamente en una variedad de campos científicos, por lo que a veces resulta difícil definirlos o encasillarlos. Lo mismo que se ha dicho del americanismo se podía decir de los grandes americanistas, para los cuales no existían más límites que los de la geografía que encuadra ese asombroso continente.

Juan Comas pertenece con toda justicia a esta categoría de americanistas que he esbozado aquí. Su origen español; su diversa formación en Europa (pedagogía y antropología física); el azar histórico como factor que le lleva a América y le hace permanecer allí hasta su muerte; su incorporación entusiasta al americanismo con una labor tan seria y tan constante como diversa... Ya en el volumen que en 1965 se editara como homenaje en su 65 cumpleaños, se trató de enumerar los aspectos «fundamentales» de su actividad y resultó la siguiente relación: antropología física, bibliografía, difusión científica, educación, labor como editor, crítica especializada e indigenismo.

Cuando hoy el americanismo ha crecido hasta parecer que empieza a sufrir de una elefantiasis que puede costarle la vida; cuando los Congresos Internacionales de Americanistas han superado la escala humana y científica de sus participantes y la capacidad y buena voluntad de sus organizadores; cuando proliferan, por necesidad y afortunadamente, los congresos regionales o monográficos; cuando la especialización es ineludible si queremos mantener y aumentar la seriedad y el rigor que las instituciones y los individuos se imponen... la figura

de los grandes y ya «clásicos» americanistas —de los cuales Juan Comas es miembro prominente— se agranda ante nosotros y nos hace valorar mejor la enorme capacidad de trabajo, la envidiable facultad de síntesis, la extraordinaria calidad humana que han hecho posible durante un siglo la existencia y el prestigio del *americanista* dentro del campo total del saber humano. Mucho nos enseñaron estos hombres a través de sus investigaciones o de sus lecciones universitarias; mucho podrán seguir enseñándonos siempre —hasta después de su muerte— porque nos han dejado todo un ejemplo de honrado *hacer* y, en el caso del profesor Juan Comas, el inapreciable estímulo de un *ser* humano y cordial. Pocos como él tuvieron la difícil cualidad de saber integrar campos y problemas y, lo que es más difícil, de integrar voluntades que dieran profundidad y futuro a todas las obras que emprendió y a todas las instituciones que dirigió o de las que fue simplemente miembro. Cuando parece que las exigencias de la ciencia moderna y las posibilidades de las nuevas técnicas hacen entrar en crisis el americanismo, creo que hay mucho que deberíamos tratar de salvar porque puede todavía ser de utilidad antes de que disciplinas y estudiosos se alejen más unos de otros en perjuicio de esa unidad y coherencia natural que durante más de cien años ha ofrecido América a la investigación. Para ello es necesario plantearse de nuevo y captar, aunque sea de forma más subjetiva que racional, qué es el *americanismo*. Sobre todo a los jóvenes que se incorporen en adelante a algunas de las ramas de este frondoso árbol y también a los que lleguen a interesarse por la historia y naturaleza de los estudios americanistas, yo les diría, parafraseando algo que se ha dicho sobre la antropología, que «Americanismo es lo que en su larga y fecunda vida hizo Juan Comas».